

572

BIBLIOTECA NACIONAL
SANTIAGO



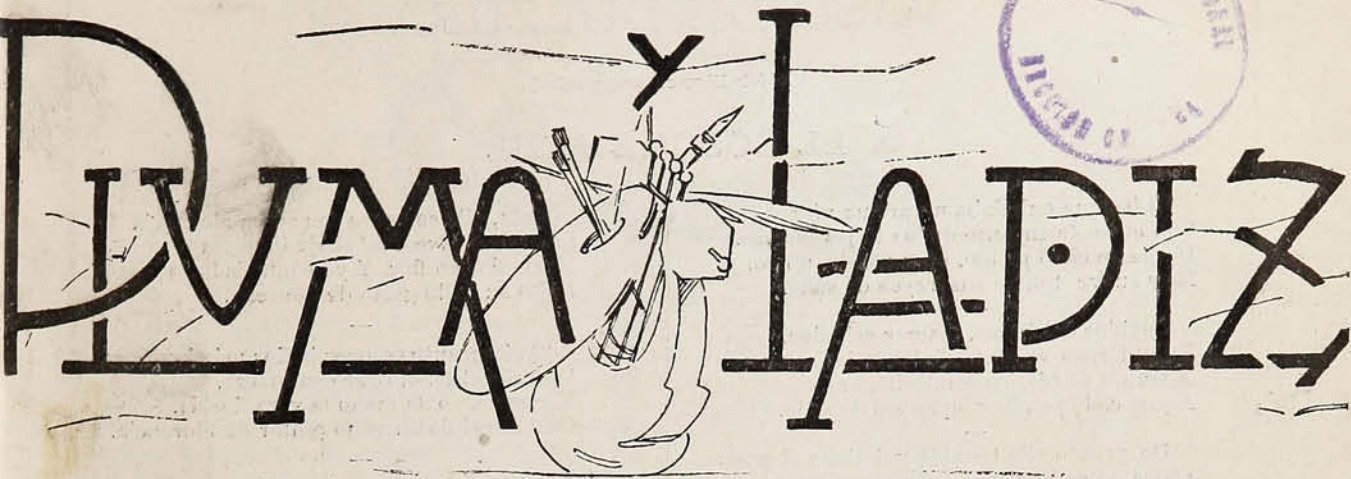
BIBLIOTECA NACIONAL
SANTIAGO

572-2

PLUMA - LÁPIZ

30 C^{rs}

PLUMA Y LÁPIZ



AÑO I

SANTIAGO, VIERNES 19 DE JULIO DE 1912

NÚM. 1

ADMINISTRADOR
ARTURO D'ALENÇON

DIRECTOR
FERNANDO SANTIVÁN

SECRETARIO DE REDACCIÓN
DANIEL DE LA VEGA

DIRECTOR ARTÍSTICO
CRISTÓBAL FERNANDEZ

OFICINAS:

MORANDE 432

CASILLA 2443

NUESTRA REVISTA



Estas hojas, que caen á la vida, aprisionadas en las páginas de "Pluma y Lápiz," no provienen árboles de otoñales, ni es el frío del invierno el que las desgajó de la rama; han sido arrancadas de un árbol de perenne verdor, en eterna primavera, para ofrecerlas á los que "han hambre y sed de belleza"...

"Pluma y Lápiz" no llega en son de combate. Es un florido mensajero, como aquellos trovadores de la época caballeresca,—que viene á entretener el hastio de un rudo castellano y á saciar las vagas nostalgias de unas frágiles prisioneras de hierros y muros,—cantando hazañas de esta vida contemporánea: el amor y el odio, el dolor y la alegría, eterna arcilla en que se modela la humana existencia.



Esto en cuanto al público. Para la moderna generación de artistas chilenos, pretende ser un hogar común, un lazo de fraternidad, una tribuna de amplia franqueza, como aquellas modestas revistas

que dirigieron Cabrera Guerra y Augusto Thomson. Su mismo título, "Pluma y Lápiz" pretende ser una evocación de ese pasado de sana, de alegre camaradería intelectual.

No admitimos jefes, ni credos religiosos, ni credos políticos, ni credos artísticos. Caravana de transeuntes en el desierto de nuestra patria, cada soldado será un general y cada general un soldado. "Pluma y Lápiz" pretende ser apenas una carpa común que nos cobije del hiello de las noches, tan pobre que su techo estará abierto y desgajado, y tan rica que por esa abertura contemplaremos las estrellas y el infinito.

Y pueda que nuestros cantos, unidos en una misma admiración y separados por su marcada personalidad, formen una poderosa sinfonia orquestal, salvaje y ruda, como nuestros bosques y nuestras costas; solemne y religiosa como las montañas andinas que nos han enseñado á orar; plácidamente dulces como los paisajes idílicos de las campiñas chilenas!

El margen de los libros



(Charla-programa)

Santiván desea mantener en su revista una sección hebdomedaria de letras. El propósito no puede ser más interesante y más escabroso: una página es medida más que estrecha para hablar de un escritor, sobre todo si se trata de hacer algo más que un apunte y una bibliografía curiosa. Sin embargo, fuerza es acceder á los gentiles deseos del Director de PLUMA Y LÁPIZ, y contener las fugas de la pluma para hilvanar tan solo apuntes y cosas interesantes cogidas al azar á través de lecturas ó impresiones fugaces. De aquí, pues, el capricho de este título tan poco horaciano y tan socorridamente doctoral. Al Margen de los Libros; es decir, todo lo que está dentro de la república un sí es no es platoniana de la literatura: libros y escritores, recuerdos y semblanzas; de todas las latitudes y hablas; hoy del terruño, mañana del extranjero; Sudermann ó Rodó, Orrego Luco ó Altamira, Jammes ó Sysmonds. Todos, en fin, sin distinción de banderas y de colores; poetas, novelistas, críticos y polígrafos. Tal vez el Director me enmendará en esta parte la plana para advertirme que esta charla-programa se endereza hácia una especie de pregón de buhonero, que más le sentaría á un boceador de farándula que nó á un remendón de renglones con vistas á altísimos fines estéticos; pero, como quiera que Santiván así lo exige, no hago más que acatar sus antojos ántes de sentar plaza de revistero, ó lo que sea, en el hogar tibio de esta nueva PLUMA Y LÁPIZ que nace con la muerte del pobre y bueno de Guerrette. ¿Guerrette? No ignoro que así se preguntará más de algún asustadizo al leer este nombre franco-peninsular. ¿Pero quién era ese Guerrette? Tal vez Gil, Magallanes, Contreras, Silva ó Federico Gana, pudieran decirlo mejor que nosotros que apenas si le conocimos á través de sezonadas crónicas volanderas, de charlas improvisadas ó de poesías de ocasión. Allá, en los fecundos días de la antigua PLUMA Y LÁPIZ, ese regocijado Guerrette, que ayer ha muerto con el nombre de pila de Marcial Cabrera Guerra, fué el espíritu de toda una juventud entusiasta, una especie de padre adoptivo de la muchachada que día á día ensayó sus vuelos en las páginas de aquella revista precursora de este presente granado de los Pezoa Velis, de los Maluenda, de los Lillo, de los Contreras, de los Rocuant, de los González, de los Santiván y de los Silva. La tristeza de una muerte obscura, en un rincón del asilo para alienados, ha venido á remover las cenizas de este pobre muerto de hace diez años, que tanto hizo para los otros y tan poco hizo por él. Su obra es reducida pero nó insignificante; como periodista vivió siempre al día escribiendo editoriales, gacetas volanderas, prólogos para los libros de los amigos y articulejos hilvanados «calamo corriente». La necesidad del mendrugo le cortó las alas y dió pujos á ese su espíritu bohemio que le metió la vida por los ojos y por las ventanas del espíritu, ese bohemio que es el peor enemigo de todo método y de toda norma de trabajo. Porque Cabrera Guerra, ha haberlo querido, hubiera dejado novelas sezonadas y artistas como aquella de la «Pluma blanca» que nunca hizo, pues cada día que pasaba le robaba las horas de su vida y él jamás se daba tregua para alcanzar á vivir mucho, con todas las ansias abiertas del soñador que lanzado tras la Quimera co-

rre y corre sin llegar á encontrarla nunca.

Así fué su jornada, un eterno desboide de entusiasmo locos, una fuga á través de la existencia, una eterna vibración ante el ensueño de la hora fugaz que tenía ante sus ojos. Ahora ha muerto, pero queda de su nombre algo más que un despojo: la estela de una labor buena y generosa, que cuidó de los agenos cercados más que del propio. Pastor de ensueño, apacentó los rebaños de otros pastores, hasta que la ciudad blanca le acogió en su seno.

Cuando Pedro Antonio González vivía perdido en el último rincón de su bohardilla de poeta, con un mundo de ensueños y de originales, fué la mano cariñosa de Cabrera la primera que se apresurara á reunir los versos del gran lírico para leerlos á los amigos y darlos á los periódicos como un homenaje á ese nuevo Merlin que viniera sin darse cuenta del tesoro que llevaba dentro. Cabrera cultivó el sentimiento de su gloria y baño de sol aquel nombre oculto en la modestia más huraña, como un caracol en su concha; en LA LEY y en las revistas publicó sus versos, corrigió las pruebas y más tarde decidió al poeta la publicación de «Ritmos». Y á no haber fracasado su vida en mitad del camino, nos hubiera dado al fin la edición de las obras completas del lírico que acariciaba en ensueños como á la imagen largamente deseada de un amor ideal. Más tarde, cuando se escriba el estudio que González se merece, el nombre de Cabrera deberá ser colocado junto al del poeta como al de un hermano de corazón que le alivió el peso del camino y le ayudó á cultivar las rosas de su huerto siempre florecido por el influjo de una eterna primavera.

Hace cuestión de un año fui á visitarle en su reclusión del Manicomio para cumplir con él la deuda de gratitud que á todo artista le debemos. ¡Más valiera que nunca hubiera tentado ta locura! Allí encontré al pobre Guerrette de las humoradas, desconcertado y huraño como persiguiendo el sueño de una estrella errante; ya no atinaba á repasar en orden el hilo de sus ideas: ¡Ila era con su juventud la virtud agudísima de su inteligencia.

—No le hable,—me dijo un periodista amigo;—dá pena...

Pena honda, desconsuelo y desconcierto ante ese sarcasmo viviente del Destino que trocaba un espíritu en mariposa borracha girando en torno de una llama invisible, y un cerebro de hombre en uno de niño!... ¡Pobre Guerrette!... Ayer no más decía en sus versos:

Para amarnos un rato en la dulce mentira
que tus nervios se afinen como cuerdas de lira,
que se espasme tu espíritu en el goce mayor...

iluminado por la primavera fecunda de la vida; y, ahora, en el fondo de su retiro, con los ojos extrañados, apenas si sus labios daban un balbuceo incoherente: —Déjame, déjame, déjame...»

¡Pobre Guerrette!...

A. DONOSO.